

L O S N I Ñ O S D I F I C I L E S

La Pedagogía moderna se plantea con creciente agudeza el problema de los niños con irregularidades de conducta.

Hasta ahora, el estudio de las anomalías infantiles había sido abordado casi exclusivamente en función del rendimiento mental. Por eso, los oligofrénicos, cuya evolución intelectual ofrece estacionamientos y regresiones notables, han absorbido el máximo interés de psicólogos y pedagogos. En consecuencia, los educadores tienen hoy a su disposición numerosos *tests*, tanto pronósticos como diagnósticos, y un rico caudal de métodos y procedimientos con el que hacer frente a las dificultades que pueda ofrecer el desarrollo de las facultades cognitivas de estos niños, sobre todo en lo que al orden intelectual se refiere.

Pero, coincidiendo o no con un desarrollo mental deficiente, existen esos otros niños en cuyo comportamiento se registran determinadas reacciones incorrectas frente a las diversas situaciones que la vida ofrece.

Entre los adultos, cuando las personas logran hacerse cargo rápidamente de una situación dada y tienen la habilidad de reaccionar eficazmente ante ella, cuando saben aspirar a objetivos proporcionados a sus posibilidades reales, cuando los fracasos no les hieren irremediablemente, y consiguen estructurar su régimen de vida sin que los conflictos ordinarios de la mutua convivencia alteren excesivamente los legítimos sentimientos fundamentales del individuo ni las rectas convicciones que han de regular su conducta, entonces decimos que nos hallamos ante personalidades psíquicamente *equilibradas*. Entre estas per-

sonas y aquellas otras que, por presentar incongruencias de conducta muy pronunciadas, exigen su internado en establecimientos psiquiátricos o penales, existe una vasta zona polifacética y compleja, integrada por los individuos cuyas reacciones ante la vida se apartan evidentemente de aquellas otras conductas concordes con las exigencias morales y sociales, únicas que posibilitan la organización legítima y correcta de la existencia humana. En esta zona de límites confusos militan los «raros», «los caracteres difíciles», los «desequilibrados», los psicópatas, los pequeños delincuentes y todas aquellas personas que se desvían negativamente de un comportamiento válido.

La edad escolar—a la que únicamente queremos hoy ceñir nuestras consideraciones—nos ofrece también casos abundantes de sujetos cuya conducta se aparta desfavorablemente de la tendencia central de su grupo. Son los niños nerviosos, los excesivamente mentirosos, los irascibles, los sistemáticamente indisciplinados, los tímidos, los que padecen tartamudez, enuresis, experiencias precoces, los ladronzuelos, esa desgraciada infancia que se dedica a oficios equívocos, etc.

El interesantísimo panorama infantil acusa aquí y allá individualidades peculiares cuyas respuestas ante determinados estímulos son inadmisibles, bien por proponerse objetivos vitandos, bien por procurarse los objetivos legítimos mediante procedimientos inaceptables o simplemente ineficaces. Con este concepto de reacción ilegítima o inadaptación coincide el de *niño difícil*, esto es, el niño con dificultades de conducta, al que los norteamericanos llaman «niño-problema». El niño difícil se halla a menudo en situación de conflicto con las personas y cosas de su convivencia, o, mejor, viene a ser todo él como un puro conflicto.

La vida humana está tejida de respuestas, más o menos arduas, a los datos determinados de situaciones sucesivas. Resolverlas es dominarlas adaptándose a ellas. Esta adaptación victoriosa está fraguada en la lucha de cien ten-

dencias antagónicas u otros tantos elementos de difícil conciliación. Pero la vida del niño difícil registra uno o varios tipos de situaciones particularmente críticas, a las que responde incorrectamente, acentuando así su carácter de problemáticas. La capacidad de reacción correcta, no exenta, sin embargo, de esfuerzo en el niño normal, se halla gradualmente disminuida en los sujetos difíciles hasta degenerar en los regímenes de conflicto y en las inadaptaciones o adaptaciones inadecuadas.

Unas veces, el sujeto vive conscientemente su problema crítico falsamente resuelto (por ejemplo, cuando el ladronzuelo oculta sus hurtos mediante procedimientos sumamente calculados), mientras, en otras ocasiones, el niño arrastra como algo connatural y fatalmente ineludible el nudo de su dificultad, cuya existencia no vislumbra ni se plantea. El conflicto puede, pues, despertar escandalosamente la atención del propio individuo, o bien ser acusado inconscientemente por el sujeto. En uno y otro caso, puede esconderse a la advertencia de un observador vulgar o poco preparado.

En corroboración de lo dicho están las tablas obtenidas por Wickman, que prueban hasta qué punto se halla en desacuerdo la observación que pudiéramos llamar vulgar del maestro y la científica del psiquiatra, con todos los atenuantes que, aplicado a cuestiones como ésta, pueda tener el calificativo de científico (1).

Unas veces el niño difícil crea una situación anómala en la escuela y se recluta entre esa cola de inadaptados que casi todas las clases presentan al celo de los maestros para su acortamiento o aminoración. Otras se trata de un muchacho cuya conducta se destaca sobre todo por anomalías en el seno de la familia, o en medios extraescolares. Tal vez entonces es la familia, preocupada y carente de soluciones, la que lleva su problema a la escuela. Finalmen-

(1) E. K. WICKMAN: *Children's Behavior and Teacher's Attitudes*. Commonwealth, Fund, 1928.

te, se registran aquellos casos que el médico descubre por no hallar causa orgánica alguna a los trastornos que al enfermo aquejan.

Ya se entiende que para incluir a un niño en la categoría de difícil no es preciso que en él se den simultáneamente síntomas pertenecientes a los tres grupos que acabamos de destacar:

Rendimiento escolar deficiente,

Irregularidades de conducta,

Enfermedades sin causa inorgánica conocida.

Lo corriente es reparar en el sujeto por síntomas pertenecientes a uno de estos tres grupos. Pero no deja de ser interesante destacar la frecuencia con que coinciden notas de dos y aun de los tres capítulos. El niño de hábitos inmorales está casi siempre bajo en la clase respecto de los compañeros de su misma edad, y viceversa. Uno y otro pueden ser enfermos. Prueba de ello es que, junto al rasgo dominante que llamó la atención del padre o el maestro, surgen, tras detenida observación, una serie de síntomas secundarios pertenecientes a alguna de las otras dos categorías, que da como resultado la acumulación de notas procedentes de una y otras. Cuanto mayor y más inteligente es la observación del padre o el maestro, el caso ofrece una complicación más aparente, por ser más los puntos que se tocan, y cuyo estudio detenido habrá luego de patentizar, sin duda, la profunda imbricación y encañamiento de síntomas y concausas.

Pero observemos que hasta el presente no hemos aludido al concepto de causa por habernos referido sólo a los caracteres aparentes que nos permiten llamar la atención sobre el niño. Ellos son para nosotros a manera de preciosos datos para introducirnos o al menos acercarnos al *ego infantil* que tratamos de descifrar, seguros siempre de que todo trastorno periférico implica, sin género de duda, una perturbación íntima. Por eso nuestras pesquisas han de di-

rigirse primeramente hacia la etiología de los disturbios única que posibilita un tratamiento eficaz.

Ahora bien: las causas de inadaptación son múltiples y difícilmente se reducen a una exposición exhaustiva. Sin embargo, intentaremos agrupar, con la arbitrariedad característica de las clasificaciones en esta materia, las grandes familias de causas perturbadoras de la conducta infantil, estableciendo los dos apartados siguientes, a cada uno de los cuales se le dedica una parte del artículo:

Causas constitucionales.

Influencias ambientales, principalmente familiares.

Causas constitucionales.—Vayan, en primer lugar, las de orden psicopático.

Entendemos por psicopatía, según la clásica definición de Gruehle, ese sector intermedio que se extiende desde las fronteras de la normalidad hasta los verdaderos enfermos mentales. El psicópata no puede, pues, confundirse con los sujetos que son víctimas de psicosis propiamente dichas, ya que las psicosis declaradas ofrecen una sintomatología tal, que a nosotros nos es imposible penetrar ni comprender los estados de ánimo que provocan. Las alteraciones que ellas nos revelan son cualitativamente distintas de los estados de conciencia normales y perfectamente incongruentes e inexplicables desde el punto de vista de la cordura. Además de que, observándose muy raramente las psicosis infantiles, no hemos de ocuparnos de ellas. La dificultad de los pequeños psicópatas no estriba tampoco primariamente en una deficiencia de la capacidad mental que en muchos casos no se da.

Tratándose del grupo a que nos referimos, cualquier médico o pedagogo preparado puede penetrar hábilmente en el cuadro de su panorama interior y darse perfecta razón de las corrientes y los móviles que lo rigen. El motivo de ello es que, por definición, el psicópata participa de todos aquellos sentimientos, emociones, tendencias y valoraciones de la persona normal. Ahora bien: estas valoraciones, ten-

dencias y afectividades se hallan en él recargadas y agrandadas hasta alcanzar proporciones morbosas. Ello significa que los elementos fundamentales de estos trastornos se encuentran también en la conciencia normal que—en comparación—nos los presenta como atenuados y diluidos. Así, por ejemplo, todo niño, de tres a cinco años, atraviesa un período de terquedad en el que con frecuencia se encastilla invenciblemente con su no por delante. Esto es perfectamente normal y un estadio requerido para la maduración del carácter, pero la exagerada terquedad que hiciera a un niño prácticamente ingobernable por negarse, verbigracia, a ingerir alimentos, debiera preocupar a sus educadores e inducirles a una exploración física y psíquica del sujeto. Caracterizanse estos niños por las dificultades que se crean a sí mismos y por las que promueven a los demás en la vida práctica, por convertir en problemáticas situaciones que, de suyo, no lo son, y producirse en las relaciones ordinarias con una constelación de síntomas psíquicos, aunque leves, capaces de transformarse episódicamente en factores graves y violentos.

En la predisposición natural de estos niños encontramos faltas de armonía, cuya influencia en su desarrollo y maduración son indiscutibles, aunque, con frecuencia, no tan patentes, al principio, como la deficiencia de sus progresos escolares, que suele apreciarse mucho antes.

Todo ello se entiende sin conducir a alteraciones extremas de la personalidad global, pues no debe olvidarse que las psicopatías y las reacciones nerviosas anormales presentan una sintomatología que no difiere esencialmente de los estados de ánimo y reacciones normales, con los cuales se continúan por gradaciones insensibles.

Junto a los psicópatas, y prescindiendo de la discusión técnica de si son o no diferenciables, hemos de considerar aquellos niños que ofrecen desviaciones de la conducta psíquica normal calificadas como de *funcionales*. A unos y

otros los englobamos para nuestro objeto bajo el dictado general de *constituciones psicopáticas* (2).

Todo lo precedente pudiera, quizá, hacer suponer que las psicopatías y las desviaciones nerviosas que no obedecen a lesiones groseras del cerebro no responden a base material alguna. Pero no es ésta la verdad. Cuando no puede explicarse el caso mediante influjos hereditarios o ambientales, los especialistas piensan en la existencia de lesiones mínimas del cerebro, cuya etiología es aún hoy bastante oscura, debido, en parte, a la complicada anatomía de este órgano y a los métodos histológicos de que la ciencia moderna dispone. Y aunque las lesiones cerebrales comprenden desde la destrucción masiva hasta las agresiones infinitesimales, son precisamente estas últimas, las menos estudiadas, las que más nos interesan para los tipos de conducta a que nos estamos refiriendo. En otro orden de hechos, pero íntimamente relacionado con el precedente, podemos decir con Gesell y Amatruda, que «no es necesario suscribir la doctrina freudiana del trauma psicógeno del nacimiento para reconocer la importancia evolutiva de los disturbios y vicisitudes del período neonatal» (3).

Pero volviendo a los caracteres estrictamente genotípicos, no es ocioso preguntarnos por los *fundamentos biológicos* de las constituciones psicopáticas. Siguiendo a Bumke, hemos de colocar entre los factores principales de estas anomalías, los cambios del quimismo interno o, mejor dicho, a las deficiencias primitivas del aparato endocrino, a pequeños trastornos del plasma germinal y, finalmente, a influencias hereditarias, sobre cuya realidad poco podemos aún decir concretamente.

Ya se aprecia, pues, la importancia del *biotipo* en la conducta humana. Llamamos biotipo a todo ese conjunto de rasgos morfológicos que constituyen la figura corporal

(2) BUMKE: *Las enfermedades mentales*.

(3) GESELL y AMATRUDA: *Diagnóstico del desarrollo normal y anormal del niño*, pág. 257.

y que hace de unas personas sujetos, a primera vista, elegantes o toscos, precipitados o desmayados, etc. Con frecuencia, esto se revela desde los primeros momentos en que se trata con el individuo. Junto al niño rubio, agradable, de formas redondas y bien proporcionadas, de gestos fáciles y ligeros, hemos de distinguir al muchachito estirado, nervioso, inquieto, a veces desgarrado, de extremidades demasiado largas y angulosas. Es evidente que el temperamento marca la tendencia primitiva de reacción afectiva ante los estímulos externos. Destaquemos el carácter de *primitiva* que tiene la reacción temperamental para dejar margen a las imposiciones inhibitorias que han de intervenir en la regulación de la conducta humana.

De la fórmula humoral endocrina se sabe que sus perturbaciones pueden hacer variar esencialmente nuestro temperamento (4).

Si junto a esto consideramos las variaciones a que pueden dar lugar los diversos procesos químicos sanguíneos o las perturbaciones del sistema neurovegetativo, factores ambos que se dejan sobre todo sentir en el campo de la afectividad, no nos quedará lugar a duda acerca de las relaciones entre la base temperamental y las distimias.

Esta afirmación de la influencia del biotipo en el modo de ser se refiere primariamente a las características innatas—genotipos—, pero, además, al acondicionamiento de las respuestas del individuo, tanto a los estímulos de los influjos incontrolados del medio ambiente, como a las imposiciones intencionales con que la obra educadora pretende, a su modo, configurarlo. Puesto que del temperamento dependen las cualidades psíquicas afectivas, un estudio detenido de las dificultades de conducta emocionales nos introduciría en el fértil y enmarañado campo de las clasificaciones de los biotipos temperamentales. A

(4) VALLEJO NÁGERA: *Niños y jóvenes anormales*, pág. 82.

pesar de la extremada complejidad y aun discrepancia de estas clasificaciones, conviene tener en cuenta los dos elementos que generalmente se consideran como básicos por los diversos autores: *la susceptibilidad afectiva y el impulso*.

Particularmente, por lo que a la primera se refiere, es bien conocido el punto de vista de la psicoestesia, en función de la cual los individuos se clasifican en la línea de *muy impresionables a poco impresionables*, y el de la *diatesis*, que los caracteriza por la tonalidad *alegre* o *triste* de sus reacciones afectivas. De acuerdo con lo cual se ha relacionado la afortunada división de los temperamentos fundamentales en esquizotímicos y ciclotímicos, debida a Kretschmer, con la sensibilidad afectiva a que venimos aludiendo y, partiendo de la base de que las psicopatías no son psicosis, sino *modos especiales de reacción*, podemos pensar en sujetos difíciles afines al grupo esquizoide y al cicloide. Los primeros se manifiestan en la escala de la psicoestesia, permaneciendo neutros en la de la diatesis, y los segundos, viceversa.

Así, de la exaltación de las respuestas afectivas surgen los temperamentos de fuerte tensión emotiva, fácil para descargarse violentamente de movimientos vivaces, rápidos y exagerados. Esto es válido para determinado grupo de esquizoides.

Entre ellos están los *irritables*, que por la más insignificante causa pierden los estribos y se abandonan a intensos estados de agitación, generalmente breves. Los afectos de estas personas suelen caracterizarse por su superficialidad. Abundan entre ellos las personas malhumoradas, capaces de alimentar un estado continuo de insatisfacción interna. Pero no olvidemos que «las reacciones temperamentales del esquizoide oscilan entre los polos de la irritabilidad y el embotamiento efectivo». Por eso puede acusar grandes dosis de reserva, seriedad, insociabilidad y extravagancia. No deja de llamar la atención la impor-

tancia que los técnicos conceden a ese modo típico de producirse del niño retraído o insociable. Cuando tal proceder no se deriva de un defecto de educación, o no es atribuible a una timidez razonable, hay que pensar en en una causa constitucional, siempre preocupadora. Este muchacho encuentra en sí mismo compensaciones que serán morbosas o inmorales, pero que en cualquier caso hemos de considerar como peligrosas. A un concepto pasivo y rutinario de la educación le resulta tal vez más cómodo manejar las personalidades que esgrimen una resistencia pasiva no demasiado entorpecedora para la marcha del grupo que aquellas otras quizá constitucionalmente menos predisuestas, pero cuyas continuas salidas de tono ponen agudamente en peligro el tradicional concepto de una clase bien disciplinada.

En estas formas de conducta *evasiva* figuran, en primer término, la tendencia a ocultarse y el desaliento, que cooperan a la paulatina pérdida de las relaciones con el medio ambiente. A veces encontramos entre ellos quienes exhiben una estoica indiferencia ante los acontecimientos de la vida, por ejemplo, ante las malas notas... Tienen lentitud psicomotriz y tendencia a permanecer largo tiempo inmóviles.

En la línea de la diatesis encontramos a los *eufóricos*, que se distinguen por su excesivo optimismo y un colorido siempre alegre como estado fundamental del ánimo. Son superficiales y versátiles. Pero, sobre todo, los delata su *infatigabilidad*: todo lo pueden hacer, todo lo ven clarísimo, continuamente acometen nuevas empresas. Lástima que apenas puedan terminar ninguna, porque para ello necesitarían una cualidad que les falta en absoluto: la constancia.

Lugar aparte y extenso merecería en un estudio más detenido el grupo de *niños nerviosos*, sumamente complejo, en realidad, pues en él se engoblan niños simplemente impresionables y verdaderos degenerados psíquicos.

En todos ellos se acusa una constitución neuropática que los predispone. En más o menos grado, estos niños son siempre impresionables, sumamente excitables, de notable inquietud motriz, con movimientos desordenados de la facies o los miembros, tercos, hoscos, brutales o tímidos excesivamente. Añádanse a esto los ataques, convulsiones, espasmos. etc.

A la luz de estas afirmaciones que la Medicina nos ofrece, los padres y educadores hemos de plantearnos una seria cuestión: ¿En qué medida esta correspondencia innegable entre lo físico y lo psíquico predetermina la conducta? Pregunta que a su vez equivale a esta otra: ¿Hasta qué punto puede pensarse en una imposición eficaz de la racionalidad en la conducta de esas personas con taras constitucionales? Es decir: ¿hay margen para pensar en una verdadera educación de los niños difíciles a causa de su constitución psicopática? Thorpe ha escrito una frase aleccionadora: «Es perfectamente posible que en nuestra búsqueda científica de la base fisiológica de la conducta y de la personalidad hayamos presupuesto algunas cosas que no resistirían la prueba de un examen crítico y riguroso.» Y continúa: «Presumiendo, como ya lo hemos hecho, que las diferencias psicológicas en la personalidad tienen una base endocrina, esperábamos presenciar significativas alteraciones en la cantidad de la secreción hormonal seguidas de profundos cambios en la personalidad. Por tanto, el hecho de que tales cambios no ocurran siempre en forma alguna, nos da materia para hondas meditaciones» (5). Rowe y Pollock abundan experimentalmente en la misma opinión (6).

Un poder absoluto de la voluntad, tal como lo preconizan los cultivadores de la literatura energética, tan en boga hace unos años, sería propio de un indeterminismo radi-

(5) THORPE: *Fundamentos psicológicos de la personalidad*, pág. 89.

(6) A. W. ROWE y H. M. POLLOCK: *Psychoses, Psychoneuroses and Endocrine Dysfunction*, citado por Thorpe. *Ibid.*, pág. 88.

cál que nunca ha sido defendido por los grandes pensadores de la Filosofía tradicional.

Una influencia fatal de los factores constitucionales en la conducta, de modo que necesariamente hayamos de exhibir reacciones siempre coincidentes con nuestro tipo temperamental, sería una afirmación que los datos de la experiencia se encargarían de desmentir diariamente a médicos y educadores y aun a la simple observación del hombre vulgar.

Una determinación total de la conducta que anulase la más excelsa prerrogativa humana, la libertad, es la conclusión a que llegan las escuelas *geneticistas*, enteramente insostenible en cuanto queremos compaginarla con la ilimitada autonomía que el espíritu humano muestra en su desarrollo.

Consiguientemente, la experiencia confirma que nuestras disposiciones temperamentales, incluso en el caso de los niños nerviosos y psicópatas, no consiguen arrastrarnos a una conducta meramente regulada por las disposiciones primarias fisiológicas, gracias a una serie de influencias e inhibiciones racionales y ambientales que pueden llegar, incluso, a imprimirle un rumbo diametralmente opuesto. En comprobación de lo dicho, los países anglosajones están multiplicando los centros para la educación o reeducación de niños y jóvenes con anormalidades de comportamiento.

Influencias ambientales, principalmente familiares.— Pero existe otra cuestión, cuya respuesta está en perfecta correlación con la de la educabilidad de los anormales, que acaba de ser contestada afirmativamente, aunque con los distinguos y graduaciones que las diversas alteraciones hacen suponer. Esta segunda cuestión es la relativa a la repercusión de los acontecimientos externos en las personalidades psicopáticas. Porque el hecho de que la causa principal de tales reacciones deba atribuirse a factores endógenos, está muy lejos de suponer que el ejemplo, la

educación y los demás acontecimientos que impresionan indeleblemente la infancia normal, dejen de desempeñar un papel destacado en la evolución de los jóvenes psicópatas. Los especialistas hablan de una *puesta en marcha* de la enfermedad, en la que casi siempre hay un acontecimiento—objetivamente importante o no, pero capaz de impresionar hondamente al sujeto—que ha obrado de causa desencadenadora de los gérmenes, latentes hasta entonces. En efecto, si en niños afectados de inestabilidad psicomotriz, de retardo en su maduración nerviosa o adquisición de la palabra, de convulsiones nerviosas o de reacciones emocionales excesivamente violentas, vienen a coincidir condiciones defectuosas de la familia o de la escuela, el trauma psíquico no tardará en aparecer, desencadenado por la incidencia de agentes favorables externos sobre sujetos en condiciones constitucionalmente desventajosas. Y, aunque hay situaciones vitales capaces de sacar de quicio a la persona más equilibrada, especialmente en el delicado período de la infancia, es muy probable que muchas de las circunstancias que determinaron la *puesta en marcha* de la enfermedad en naturalezas taradas no hubieran dejado gran huella en psiquismos normales.

Cuando tratamos de enfocar una personalidad, hemos de tener en cuenta, por un lado, su realidad psicobiológica fundamental, y, por otro, las modificaciones que en ella han introducido las experiencias de todo orden, ya sea físico, intelectual, moral, social, etc., que desde el primer momento de su vida le han afectado. Porque en esa personalidad concreta de este *niño* se ha fundido el primitivo elemento personal con las múltiples acciones del medio, provocadoras de otras tantas reacciones y adaptaciones. Cada instante de la vida ha sido una distensión del yo ingenuo en el sentido peculiarísimo que le han marcado sus propias respuestas personales a los estímulos concordes. El elemento inicial se halla, pues, incesantemente afectado por una suma de agentes que lo van plasmando

en múltiples direcciones y que van, a su modo, interiorizándose y pasando a formar parte del núcleo de la personalidad.

Esto nos ha llevado ya a un punto interesante, y, por lo mismo, delicado de la cuestión. Porque, a primera vista, parece fácil catalogar las causas de los problemas de la conducta en dos grandes grupos de factores: *endógenos* y *exógenos*. Pero cuando se quiere efectuar nitidamente la división entre ellos, surge pronto la dificultad. Pensemos, por ejemplo, en una enfermedad infecciosa del sistema nervioso, que, por tanto, proviene del exterior, y podría, en consecuencia, atribuirse a causa externa. Mas si consideramos que de ella han podido quedar, y, de hecho, quedan muchas veces lesiones y defectos en el sistema nervioso, los cuales pasan a formar parte de la manera típica de reaccionar del sujeto, de tal modo que ya no nos sería lícito pensar en él sin tener en cuenta la modificación que la enfermedad le produjo, entonces encontramos que no puede entenderse de una manera excesivamente simplista la clasificación de las causas de anormalidad en *externas* e *internas*. Esto nos prueba, en segundo lugar, la importancia realmente decisiva de los agentes externos y cómo una personalidad determinada puede ser considerada psicopática en algún momento de la vida por el efecto, quizá imborrable, de circunstancias exteriores. A los elementos congénitamente propios del individuo hay que sumar, pues, las experiencias con que ha reaccionado a los agentes exteriores a partir del nacimiento.

De entre estos agentes exógenos vamos a destacar el importantísimo del medio familiar. No hay duda de que la familia influye en el infante, y, en cierta manera, lo troquela a su imagen y semejanza, aparte de que es evidente que la familia influye en el nuevo vástago mediante la herencia de una manera decisiva.

Pero ahora vamos a prescindir de la herencia para con-

siderar el carácter externo del influjo familiar a través de sus procedimientos educativos y ambientales.

«Yo soy yo y mis circunstancias», ha dicho alguien a otro respecto, sirviéndose de una frase para nosotros luminosa. Porque un niño determinado, para ser plenamente comprendido, habría de ser estudiado en función de todos los influjos que ha sufrido y sufre cotidianamente. Y, a su vez, sus reacciones sobre tales influencias marcan la otra corriente de ese círculo, en el que se desenvuelven las relaciones del sujeto con su medio ambiente. Este niño es como una planta, y no hay duda de que el aire, el agua y el sol, entre los cuales se desenvuelve, posibilitan su vida precisamente, entrando a formar parte de la planta misma. Así, en el hombre, sobre el fondo inalienable y esencial de la persona, vienen a dibujarse, mejor, a estructurarse, los mil rasgos individualizantes del temperamento y el carácter, con las maneras propias de responder a los estímulos interiores y circunstanciales, que constituyen la personalidad.

Nadie ignora que la situación *padres-hijo* puede dar lugar a experiencias traumáticas agudas. Las facetas psicológicas que esta situación reviste hacen que ella sola sea de por sí, más influyente que cualquier otro grupo de factores en la inadaptación del niño, en su orientación hacia las neurosis, los estados psicóticos y la delincuencia.

La importancia de la familia, con ser apreciable a la observación vulgar, no debe ser, empero, enjuiciada *a priori*, de acuerdo con una escala de valores preconcebida, sino más bien, según la resonancia, apreciada por la ciencia, de tales agentes en el alma y la sensibilidad infantiles. Sin embargo, es de tal envergadura la trascendencia del factor «familia» en el proceso de la personalidad en formación del niño, que bien podemos adelantarnos a concederle una importancia indiscutiblemente máxima.

Los conflictos entre los miembros de la familia y de és-

tos con el niño, aparecen en primera línea como determinantes de problemas de conducta.

Pasemos revista rápida a las circunstancias familiares que más pueden influir en la conducta de los vástagos.

Vaya, en primer lugar, *la constitución anómala o ilícita de la familia y la desintegración de la misma*. Repetidas estadísticas permiten consignar un tanto por ciento muy elevado de *niños difíciles* entre los hijos de padres divorciados o separados, entre los hijos abandonados y los huérfanos.

Tales situaciones influyen en el pequeño mediante una serie de procesos diferentes: unas veces será la conciencia de su inferioridad social, como miembro de un grupo familiar deficiente, la que originará actitudes acobardadas ante la vida, mientras en otras ocasiones este mismo sentimiento de inferioridad provocará una compensación desviada y perniciosa, engendrando hábitos de conducta inaceptables: el robo, la mentira, la irascibilidad, etc. Una misma causa inmediata, el vivo sentimiento de inferioridad, puede provocar, según las constituciones temperamentales, líneas de conducta de tipo inhibitorio y evasivo, o bien reacciones de tipo agresivo, en las que la acometividad y rebeldía del sujeto enmascaran un sentimiento de disminución de la propia personalidad.

Entre las formas de conducta evasiva deben contarse las reacciones emocionales de temor, muy excesivas y desproporcionadas con el estímulo. El soñar despierto, como manera habitual de escaparse de una realidad intolerable; la indiferencia, el ensimismamiento, la depresión, el descuido de sí, la falta de confianza en sí y la búsqueda continua de protección por parte de los mayores, o bien, por el contrario, el apartamiento y el recelo. Son síntomas particularmente alarmantes, y en los que con frecuencia no se repara bastante, la adopción de modales y actitudes de niños de edad mucho menor. También pueden incluirse en este tipo de reacciones las mentiras excesivas como ex-

presión de un fallo en la conciencia de responsabilidad de los propios actos.

Tampoco es infrecuente que las situaciones provocadas por una familia anómalamente constituida hieran el desarrollo del niño en una de sus necesidades más auténticas: *la necesidad de seguridad afectiva*, estrechamente relacionada con *la necesidad de sentirse deseado y útil* en el grupo humano de que forma parte. Todo hombre necesita saber que ocupa entre los demás un lugar digno y respetado, ha de pertenecer a una colectividad y sentirse solidario de las opiniones, actividades, intereses e ideología de la misma. Esta compenetración cordial e ingenua que el niño exige inconscientemente de sus padres y hermanos no se puede dar o se da anormalmente en familias defectuosamente constituidas.

Y, sin embargo, no puede ignorarse que la educación del sentimiento implica una evolución de los sentimientos, exactamente tan necesaria como lo es el desarrollo de los procesos fisiológicos para el crecimiento normal. Por eso, un carácter sólo estará plenamente logrado cuando desde la infancia haya tenido suficientemente satisfechas sus apetencias afectivas. La conciencia—cón fundamento real o sólo subjetivo—de no ser amado por sus padres es más que suficiente para producir una peligrosa situación de conflicto.

En efecto, un buen número de desviaciones de conducta en el adulto hay que buscarlas en una *insuficiente maduración afectiva*, a la que nunca llegará ya, porque su evolución sentimental sufrió un trauma irreparable en un nivel dado de su crecimiento. El niño tiene necesidad de una afectividad ecuanime, amistosa, caliente; tiene necesidad de amor y confianza, de paciencia y firmeza, en tales proporciones, como difícilmente se las pueden proporcionar los padres en situación normal, pero urgidos por las múltiples tareas que la vida actual impone. Si a esta tensa situación general, valedera para la mayoría de los que

hoy vivimos, se añaden las circunstancias, particularmente atormentadoras, de un hogar en que falta el padre o la madre, un hogar donde las desavenencias conyugales ahuyentan la paz de los espíritus y agrian el carácter de los mayores, no es difícil intuir los fallos profundos que necesariamente han de encerrar muchas conciencias infantiles.

A veces, uno de los padres, acosado por la conciencia de culpabilidad, *proyecta* en el hijo este sentimiento, y cree descubrir en él actitudes que corresponden al estado de ánimo, de remordimiento, que él mismo vive. Las situaciones equívocas que esto origina son casi siempre agudísimas. Otras veces *proyecta*, por el contrario, en el hijo la culpabilidad del otro cónyuge, y no es improbable que en estos casos el niño sea objeto de atracción y repulsa simultáneas o sucesivas, que, cuando menos, se traducen en una conducta incoherente para con el hijo que es mimado y repelido alternativamente sin motivos aparentes.

Hay, sobre todo, madres que pretenden hallar en el cariño de sus hijos la compensación a una suerte de desgraciada. Esperan demasiado de la capacidad emotiva del niño, que vive con angustia una situación que él sabe especial. Estos niños son, acaso, mimados e intimidados a la vez por padres particularmente angustiados. Entre ellos se encuentra fácilmente el tipo de niño excesivamente tímido con los extraños y tirano consentido para con su madre.

El cambio de la constitución de la familia, bien sea por el nacimiento de un ser humano, bien por la pérdida de un familiar, puede originar cambios decisivos en la temperatura afectiva del pequeño. Con frecuencia, el sentimiento de seguridad que hemos señalado como imprescindible para el desenvolvimiento psíquico del niño, se ve amenazado cuando la madre desplaza sus cuidados y atenciones hacia el recién nacido, de manera que el mayor se siente postergado. La predilección marcada de los padres

por uno de los hijos provoca reacciones de envidia entre los hermanos, a menudo disfrazadas con distimias, atribuibles a seudocausas, pero cuyos motivos íntimos saltan pronto a la vista del psicólogo avisado.

Es evidente que las causas enumeradas y otras afines han de determinar en ciertas naturalezas un estacionamiento en la curva de desarrollo del niño, lo que dará como resultado un adulto con rasgos de carácter infantil, esto es, inmaduro: afectos desenfrenados, celos, capacidad incontrolada de entusiasmo, explosiones coléricas, etc. Tales síntomas pueden aparecer también en personas cuya vida infantil transcurrió en un ambiente familiar, real o aparentemente desprovisto de cariño, donde el niño no aprendió a manifestarse espontáneamente en ese sentido. Son niños grises y sombríos que se proyectan luego a lo largo de la vida con las más variadas expresiones.

Todo ello viene a corroborar la trascendencia de la pedagogía familiar, sin duda alguna la más decisiva, al mismo tiempo que encierra para los maestros la enseñanza indeclinable de averiguar las circunstancias familiares de sus alumnos.

Cada familia tiene su clima particular, y, en realidad, los niños apenas pueden ser plenamente comprendidos y reprimidos con eficacia y acierto más que por sus padres. Habrá educadores que lleguen a penetrar bastante en el corazón del niño, pero siempre les faltará lo que tiene toda madre: los datos valiosísimos de todo el proceso de la vida infantil desde el primer momento. Por eso, el hijo que no puede gozar de esa abandonada y hermosa intimidad con sus padres, se halla privado de un elemento precioso para su formación. De tal manera, que, en términos generales, puede afirmarse que sin intimidad entre padres e hijos es imposible que éstos se corrijan de defecto alguno, sobre todo si es grave. Y cuando ésta no existe, y el carácter del niño se está fraguando torcidamente, es indiscutible que, aunque el niño aparentemente se pliegue merced a un

estado de cosas ficticio y convencional, en el fondo de su alma piensa y enjuicia a su modo, imagina libremente a su gusto, sueña y ambiciona como quiere, y en cuanto pueda se pondrá también a obrar según le plazca. Aunque en sus gestos y actitudes no se descubra signo alguno de rebeldía o resentimiento, si no hay compenetración, el peligro está ahí: desde el punto de vista familiar, ese hijo es un *disidente*.

La utilización de técnicas educativas inadecuadas, como los *mimos excesivos*, es la causa de la evolución defectuosa de los caracteres llamados *blandos*. Tales sujetos aprenden precozmente que son demasiado débiles para exponerse a los peligros del mundo, que no saben ni pueden prescindir de la protección de los adultos, que no tienen que exigirse fatigas ni privaciones, etc.

Las diversas formas de carácter a que pueden dar lugar unos mimos desmedidos podrían condensarse en las siguientes: «Temor del esfuerzo y del dolor, temor del fracaso y también, por tanto, de la responsabilidad; tono quejumbroso, afectuosidad pegajosa, familiaridad respecto de los adultos en tanto que el niño está consentido; en cambio, ansiedad, encogimiento y pereza mental frente a los mismos cuando éstos exigen algo que desagrada al niño.»

A lo largo del crecimiento de estos niños no suelen faltar dos peculiaridades, que surgen frecuentemente como fenómenos concomitantes, a saber: el mimarse a sí mismos y la impulsividad. En tales casos, el único tratamiento eficaz consiste en el retraimiento del educador y en el comercio directo del niño con las cosas y personas de la realidad. Mención aparte merece el tratamiento de los *niños enfermos*. Si el niño enfermo no sufre demasiado, es posible que la situación de privilegio que la enfermedad le procura llegue a compensarle con creces de sus molestias. Médicos y padres deben en este caso atender a la salud del enfermito, de tal manera que sus cuidados no originen una deformación de su carácter. Esta deforma-

ción bien pudiera ser la experiencia de que, estando enfermo, puede evitar situaciones desagradables en la casa o en la escuela, lo cual podría preparar un estado crónico pseudoenfermizo, sin base orgánica alguna. Anticipémosnos a evitar esto, haciéndole palpar discretamente que la mala salud es menos atractiva que la buena, y compensemos, sobre todo, mediante sentimientos religiosos, la sensación de inferioridad que quizá el estar enfermo le produce.

Las *dificultades económicas*, cuando son muy grandes, influyen negativamente en la conducta de la familia. Los miembros de ésta, que se encuentran intensamente afectados por tales circunstancias, son un terreno abonado para toda suerte de insatisfacciones, inseguridades, celos, odio, temores, etc. Si esta falta de recursos comporta la falta de elementos necesarios para la vida del niño, y el hacinamiento de la vivienda, se comprende pronto lo decisivo de tales circunstancias.

* * *

En nuestras escuelas y demás establecimientos educativos se hallan actualmente los indeseables, delincuentes y demás parásitos sociales que aquejarán a la España de 1958. En las manos de nuestros educadores se encuentra hoy esa Humanidad desgraciada, que ha de proveer los sanatorios y reformatorios dentro de unos años, y, sometidos al régimen general de la educación vigente, están también los amargados y fracasados de la próxima generación. Muchas de estas personas son hoy niños con irregularidades de conducta.

Frente a ello, ¿qué hace la Pedagogía por esta infancia con problemas de conducta? Es verdad que funcionan algunos centros de recia solvencia moral en sus dirigentes —la mayoría religiosos—, y que algunos de ellos se prestigian con buenas garantías científicas. Pero la benemérita

labor de los mismos es a todas luces insuficiente, y viene a ser como una gota diluida en el océano de tantas personalidades deformadas o predispuestas, como las edades escolares registran. Es verdad también que la envergadura social del problema rebasa las posibilidades pedagógicas. Sin embargo, a nadie se le oculta que desde el campo educativo ofrece un interesante flanco de ataque. Es más, los establecimientos de educación primaria ocupan una situación de privilegio para descubrir los primeros síntomas del trastorno o la desviación. Desde otro punto de vista, con esa previsión del futuro que a todo maestro se le exige para llenar su función de guía, los educadores de hoy no podemos ignorar que el mundo de mañana, al complicar sucesivamente los engranajes de sus exigencias, sólo será dominado a base de un esfuerzo, cada vez más arduo, de los individuos, que pondrán así a prueba las dotes de tensión y equilibrio de su carácter.

Es preciso, pues, que la Pedagogía moderna se ponga en condiciones de responder con más garantías del bagaje psíquico y moral de tantos sujetos débiles y personalidades lesionadas como tiene entre las manos. Ello no se realizará hasta que la orientación de la infancia inadaptada ocupe el puesto que le corresponde dentro de las preocupaciones educativas.

Una vez más, la Pedagogía habrá de apoyarse en conclusiones que le suministren otras ciencias. El margen de educabilidad del niño difícil está, naturalmente, restringido. Sus posibilidades sólo pueden ser estudiadas y definidas en función de la naturaleza de su dificultad. El reconocimiento físico del educando, a cargo de un pediatra, está plenamente justificado. Al explorar el mundo de estos niños nos hemos encontrado con síndromes debidos a deficiencias endocrinas y a lesiones o retardos de la maduración nerviosa, principalmente en lo que atañe al sistema neurovegetativo. Evidentemente, tales procesos requieren la intervención de un médico que prescriba el tra-

tamiento, y, en función del mismo, el sentido y alcance de la educación que con el pequeño pueda realizarse. Hay perturbaciones funcionales y reacciones psicopáticas—respuestas de «demasiado poco o demasiado mucho»—que exigen métodos psicoterápicos aplicados por un médico especializado o por un educador preparado. En uno u otro caso, el diagnóstico siempre corresponde al médico.

Aun a los débiles mentales debe la educación inculcarles el sentido de responsabilidad moral, teniendo en cuenta que las llamadas *fallas morales* no suelen ser totales, y aun son atribuibles con más frecuencia a influjos ambientales que a verdadera incapacidad del sujeto. Si el proceso educativo está adecuadamente orientado, él mismo puede revestir valor profláctico contra las neurosis y las psicopatías.

Pero no todas las anomalías tienen su origen en raíces biopsíquicas. Por eso, junto a la exploración física, debe ir el reconocimiento del medio ambiente familiar y urbano, sin prescindir, naturalmente, del examen mental.

El influjo ambiental se revela con una pujanza relevante en cualquier clase de sujetos y a lo largo de toda la vida, pero muy particularmente en los años decisivos de las primeras etapas de la infancia. Una expresión típica de este hecho la tenemos en las llamadas *áreas de delincuencia* de las grandes ciudades. Otro fenómeno, también altamente significativo, es el aumento de la delictividad infantil en las épocas que relajan los lazos jurídicos y las seguridades sociales, como sucede en tiempo de guerras y revoluciones. Cuando hablamos de *retardo ambiental*—pensemos en el llamado síndrome institucional, a que ha dado lugar el régimen de algunas *nurserys*—, estamos asimismo proclamando que el sentido del crecimiento no está nunca totalmente predeterminado. Ya hemos visto que cuando un niño no logra satisfacer las exigencias básicas de su desarrollo ni saciar equilibradamente—sin carta de más ni de menos—los impulsos emocionales fundamenta-

les, en especial los que se refieren a gozar de seguridad afectiva por parte de sus padres, así como cuando carece de una idónea válvula de escape para sus energías, mediante los juegos y el trabajo, está perfectamente abocado a compensaciones morbosas, incorrectas o inmorales.

De nuevo, en este delicado caso de frustración de las legítimas inclinaciones infantiles, ocupa la escuela un lugar óptimo, junto a los padres, para orientarlos e ilustrarlos en el sesgo que deben imprimir a la educación familiar.

La educación escolar entonces—lejos de desentenderse de los alumnos de conducta *evasiva* y contradecir obstinadamente a los agresivos, exasperando así la situación de unos y otros—tendrá muy en cuenta los complejos de inferioridad, temor al ridículo, las fobias y las tendencias a los ensueños excesivos, importantes factores todos ellos de las perturbaciones de la conciencia infantil. Ninguno de los aspectos principales de la vida es digno de ser descuidado: posición social, actitudes e ideas, higiene familiar, planes vocacionales, intereses estéticos o recreativos, actitud religiosa, etc.

Finalmente, aunque el medio ideal de educación, en circunstancias normales, es el de una familia cristiana, tanto en los desórdenes patológicos como en los que obedecen a influencias perniciosas en el sector moral, hay que pensar, en casos extremos, en una educación fuera de la familia. En unos casos, serán instituciones médico-pedagógicas, en las cuales sea posible el tratamiento psicológico que el hijo de unos padres nerviosos o psicópatas, o simplemente ignorantes y débiles, no puede recibir en su casa. En otras ocasiones, hemos de pensar en medios moralmente limpios, donde la personalidad del niño sea capaz de acomodarse progresivamente a las normas debidas.

M.^a ANGELES GALINO.

SUMMARY

With growing acuteness modern Pedagogy presents the problem of children who have an irregular conduct. The conception of «niño difícil», i. e. the child whom Americans call child-problem coincides with that of illicit reaction or lack of adjustment.

In this article the author studies the causes of lack of adjustment which are summed up in two large groups: a) constitutional causes; and b) environment influences principally those of a familiar type.

In the first case the relationships between the educability of the subject and the different biotypical classifications are pointed out. In the second group the origin of children's conflicts with respect to the «parents-children» position is studied. In both cases it is presented the problem of conditioning educational activity to the position of the individual in whom the causes of internal conflict or constitutional causes as well as the external causes are frequently involved.